

TARTESSOS

Extracto del libro TARTESSOS.
(Hamburgo, Friederichsen, 1922.)

I

SU HISTORIA

¿Quién no ha oído hablar de *Vineta*, la rica ciudad comercial del Báltico, engullida por las olas?—Cuentan los pescadores que cuando el mar está tranquilo se divisan en el fondo los extremos de sus torres y edificios, oyéndose el lúgubre tañir de sus campanas.

Vineta no es una leyenda, sino realidad. Es la ciudad comercial eslava denominada Iumne (que por deformación se convirtió en Iumneta y *Vineta*). Estaba situada en la costa de Pomeralia, en el extremo noroeste de la isla Usedom, el cual fué devorado por el mar. La describe con colores vivísimos Adám de Bremen, allá por el año de 1075; y un cronista posterior, autor de «La Crónica de los Eslavos», escrita en 1175, refiere su destrucción por los daneses, de donde resulta que floreció hacia 1050 y que su destrucción debió ocurrir entre 1075 y 1175.

Vineta desapareció totalmente, y lo que cuentan los pescadores es una pura fantasía; sus ruinas deben haber sido destruidas completamente por el embate furioso de las olas.

De una *Vineta* española me propongo tratar en lo que sigue; y según todos los indicios, la *Vineta* española existe todavía. Duermen sus ruinas bajo las arenas del Coto de Doña Ana, cerca de la

desembocadura del río Guadalquivir, como la princesita encantada del cuento que espera al caballero salvador que la despierte de su letargo.

Se trata de Tartessos, la ciudad de la plata, objetivo final de las expediciones griegas y fenicias. Por su importancia comercial y por las circunstancias que concurrieron en su destrucción, Tartessos se parece a Vineta. Se asemeja también a ella en que de una realidad se volvió en mito; el cual, todavía más la destrucción, contribuyó al error de los posteriores, que obscurecieron su recuerdo.

Para sacar su nombre del olvido y resucitar el pasado, dando tal vez el primer paso para descubrir el emplazamiento de la ciudad famosa, he publicado un libro sobre Tartessos (*). Este libro trata de reconstruir, a base de un estudio crítico de todas las noticias antiguas, la historia de la ciudad, dando una idea de su importancia, su comercio y su cultura.

Por el nombre de «Tartessos» eran pocos los que conocían esta ciudad: algo más conocido era su nombre bíblico «Tarschisch» (Tarsis); si bien con este nombre sólo aparece en las traducciones científicas de la Biblia, como la de Kautsch (1894), y no en la traducción popular de Lutero, por la razón de que para éste el nombre de Tarschisch debió resultar enigmático y tradujo las palabras «anyoth tarschisch» (buques de Tarschisch)—nombre con que designaban los fenicios las embarcaciones en las que navegaban a Tartessos—por «buques de mar», extinguiéndose así en la historia el nombre famoso que, por ser mencionado en la Biblia, estaba destinado a tener grandísima popularidad. Quien lea el Antiguo Testamento en la traducción de Kautsch encontrará bastantes veces el nombre de Tarschisch, particularmente en el «Libro de los Profetas», que nos cuenta las riquezas en plata, estaño y otros metales que poseía, y nos refiere los viajes que en busca de estas riquezas del Occidente hacían los tirios.

No puede ser puesta en duda la identidad del Tarschisch bíblico con el Tartessos de los griegos. Del nombre primitivo Tart-is, que los griegos convirtieron en Tart-essos, los tirios hicieron Tarschisch

(*) Hamburgo (Friederichsen) 1922.

—(como sucede por regla general en las lenguas semíticas, que cambian la *t* extranjera por *sch*, como Batania en Baschan, Atur en Aschur, Tyros en Schor)—y las mismas riquezas en metales que motivaron los viajes a Tarschisch de los tirios originaron más tarde las expediciones que a Tartessos hicieron los focenses. El nombre primitivo de la ciudad se conoce también por el de su río, el Guadalquivir, en cuya desembocadura estaba situada; puesto que, según Livio, al dicho río lo denominaban los indígenas Tertis.

El testimonio más antiguo de Tartessos se encuentra en el libro del profeta Isaías, por los años 730 antes de J. C.. Este dice (Jes. 2, 16): «Vendrá un día en que los ejércitos de Jehová aniquilarán todo lo que sea orgullo, soberbia y altivez y lo humillarán, y desaparecerán los cedros del Líbano y las encinas de Basan y las *naves de Tarschisch* con sus preciosos cargamentos.» Próximamente de la misma época es un testimonio asirio. Dice una escritura cuneiforme del rey Assarhaddón, que reinó desde 680 hasta 668 antes de J. C.: «Los reyes del centro del mar, todos los del país de Jannan (Chipre), del país Jaman (Javan) hasta el país *Tarsis* se inclinaron a mis pies». Se nombra aquí como en la Biblia, juntamente con Chipre y Javan (país de los Jonios, de los griegos), a Tartessos como ciudad la más occidental. Es claro que los asirios no tuvieron noticias de Tartessos por informaciones propias y menos por conquistas, sino sólo por las expediciones de los tirios, que les proporcionaban los productos de Tartessos.

En consecuencia: está probada la existencia de Tartessos por testimonios simultáneos unos 700 años antes de J. C.. Pero hay pruebas todavía más antiguas en el mismo Antiguo Testamento, que, aunque en la forma en que han llegado hasta nosotros son más recientes, proceden indudablemente de fuentes simultáneas a aquellos tiempos. Se menciona a Tartessos en los anales del rey Salomón, que reinó hacia 1.000 años antes de J. C.. En el «Libro de los Reyes» se lee (I. Reyes 22, 49 y 10, 22): «Porque el rey Salomón tenía *buques de Tarschisch* en el mar con los de Hiram, y una vez cada tres años llegaban cargados con oro, plata, marfil, monos y pavos reales.»

De modo que Tartessos existía ya unos mil años ante de J. C.. Otra fuente revela una antigüedad aún mayor: la fundación de la factoría Gadir—hoy Cádiz—hacia 1100 antes de J. C.; porque fundada Cádiz precisamente para comerciar con la ciudad vecina de Tartessos, presupone necesariamente la existencia de ésta; y como los tirios seguramente iban a Tartessos mucho antes de la existencia de Gadir, se puede suponer que Tartessos existía ya hacia 1500, porque los mercaderes del Oriente habrían de tardar indudablemente bastante tiempo en recibir noticias sobre las riquezas de Tartessos.

Testimonios más antiguos y ciertos, no los hay; pero es muy probable que los cretenses ya fueran a Tartessos, siendo ellos los antecesores de los tirios en el dominio del Mediterráneo, como nos lo demuestran las ruinas de Knossos y Phaistos, que prueban un dominio antiquísimo del mar. Aunque no se han encontrado todavía en la misma España objetos de seguro origen cretense, salieron en las islas Baleares cosas que parecen tener aquella procedencia: vasos cretenses y cabezas de toro en bronce. Además parece de origen cretense el culto del toro en Iberia, y es notable una reaparición singular y extraña de caracteres cretenses en el alfabeto íbero.

Sobre esta cuestión importante de las más antiguas relaciones entre Oriente y Occidente ya nos darán más luz las excavaciones en España o en Creta, y quizás resulten las relaciones entre Tartessos y el Oriente todavía más estrechas, ya que la muy elevada cultura de los tartesios, que dista tanto de la de los iberos, hace suponer que Tartessos fué una colonia de los navegantes levantinos, antecesora de Gades, teniendo hasta el nombre de Tart-essos, con que los griegos designaban la ciudad, carácter originario del Asia Menor, porque los nombres en «essos» son pre-griegos y pertenecen a los primitivos pobladores del Asia Menor.

Una edad todavía más antigua asignaban los mismos tartesios a su ciudad, vanagloriándose de tener documentos de más de 6000 años: anales, epopeyas y leyes en forma métrica. Como esto fué anotado por el autor griego Posidonio, aproximadamente en el año 100 antes de J. C., resultaría por lo tanto que Tartessos

existía ya hacia el año 6000 antes de J. C.. 6.000 será una cifra exagerada, pero demuestra que Tartessos tenía una cultura muy antigua y elevada. En particular la ley métrica y su redacción escrita en tiempos tan remotos llama la atención y es cosa extraordinaria. Basta recordar lo tarde que llegaron a tener los pueblos clásicos leyes escritas.

Esta antiquísima cultura y sobre todo la temprana escritura resulta singularmente enigmática, no sólo para aquellos tiempos sino también para los posteriores del occidente de Europa, y muy en particular para la península pirenaica, cuyos habitantes eran todavía bárbaros hacia 1500 antes de J. C.. Visiblemente significa esto un rasgo extraño en el Occidente bárbaro, y para explicarlo tendrá que suponerse por lo menos unas relaciones pre-históricas con el Oriente, que entonces era el solo poseedor de tal cultura; pero quizás no basta eso y nos fuerza a considerar a Tartessos como un elemento extraño, como una colonia de navegantes orientales.

Un problema muy importante y que todavía no está resuelto es la cuestión de si se debe relacionar con Tartessos la floreciente arte metalúrgica del Sur de España, dos mil años antes de J. C.. Esto no pueden esclarecerlo más que las excavaciones. Que esta cultura, hasta la fecha haya sido comprobada más bien en el levante de Andalucía, en particular en la provincia de Almería, en lugar de serlo en el poniente, donde estaba Tartessos, no probaría nada contra su procedencia de Tartessos, porque en Andalucía no se han hecho todavía suficientes excavaciones para poder sacar conclusiones de la extensión de los hallazgos. Y al contrario llama la atención que las vías del comercio marítimo de Tartessos: las expediciones a la Bretaña y más lejos todavía, a Inglaterra y al mar del Norte, coincidan completamente con la propagación de los productos de aquella industria del metal; con la propagación de los puñales de cobre, vasos campaniformes y sepulcros megalíticos. Por lo tanto, lógicamente, como la existencia de Tartessos data ya del año 1500, como lo prueban las fuentes antes mencionadas, cabe la posibilidad de que fuera ya tartesia aquella industria del metal. Pero mientras los mil años comprendidos entre ella y el Tartessos histórico estén en las tinieblas, será me-

por no identificar este arte metalúrgico con Tartessos, sino llamar a sus portadores «pre-tartesios», como ya lo he propuesto.

Tornando ahora desde este divagar por las nebulosidades prehistóricas al Tartessos histórico, nos encontramos con que tartesios y tirios habrían vivido bastante tiempo en buena armonía, cambiando sus productos: dando Tartessos sus primeras materias, particularmente sus metales, entre los cuales predominaban la plata y el estaño, y trayendo los tirios los productos de la industria artística oriental, hasta que los semitas emprendedores codiciaron obtener aquellas riquezas y apoderarse del país de la plata. Poco a poco cubrieron toda la costa andaluza con sus factorías, y Tartessos se encontraría en el peligro de verse separada del mar, su nervio vital. Así tenía que sobrevenir la guerra. En una batalla naval fueron vencidos los tartesios, que por sus riquezas parece haberse enervado, y llegaron a someterse al dominio de los tirios. Aún conocemos el nombre de aquel rey de Tartessos: se llamaba Gerón. Su nombre quedó en el del «Castillo de Gerón», sobre la isla Salmedina, delante de la desembocadura del Guadalquivir, y en los mitos griegos. Porque el gigante Geryón, muerto por Hércules para llevarse sus ganados, no es otro que el rey Gerón. Estrabón supone que esta derrota ocurrió antes de Homero, o sea antes del año 800 antes de J. C.

Pero la dominación extranjera no duró mucho. Cuando los tirios fueron a su vez vencidos por los asirios, hacia 700 antes de J. C., llegó para Tartessos la hora de la liberación. Refiriéndose a ella el profeta Isaías, un contemporáneo, exclama (Jes. 23. 1): «Llorad, ¡oh navegantes que íbais a Tarsisch!, una destrucción se ha llevado a cabo, no quedando piedra sobre piedra, ni casa ni albergues. Dirigíos a Tarsisch, vosotros los habitantes de la costa. Retorna a tu país, ¡oh gente tartesia!; ¡pueblo de Tarsisch!, inúndalo cual el Nilo, ya no te atan lazos ningunos.»

Después de la liberación, Tartessos floreció por última vez durante dos siglos, desde 700 hasta 500, fecha de su destrucción por los cartagineses. Por la decadencia del poderío marítimo tirio, quedó libre para otra nación la ruta de Tartessos y sus tesoros, para los griegos, que en aquel tiempo llenaban las costas con sus

colonias. Las expediciones al lejano Occidente fueron monopolio de los valientes navegantes de la pequeña ciudad de Focea en el Asia Menor. Después de haber poblado otros griegos de la misma raza jónica las costas de Sicilia y del sur de Italia, se aventuraron los focenses a llegar a las aguas españolas hasta Tartessos.

Navegaban siguiendo las costas de Italia, Liguria e Iberia; pasaban las columnas de Hércules hasta llegar a la ciudad de la plata. Este camino está marcado por los nombres en «ussa», que les daban a las costas e islas descubiertas por ellos. Así se encuentra Ichnussa en Cerdeña; y en la costa española de Levante, Melussa, Kromyussa (país de la manzana y país de la cebolla); cerca de Gades, Kotinussa (por el acebuche), y al fin, como nombre de la península, Ophiussa (país de las serpientes).

Un antecesor de las expediciones de los focenses a Tartessos fué un griego de Samos, que arrastrado por temporales llegó allí casualmente. Sus relatos acerca de la riqueza en plata y de la hospitalidad de los tartesios debieron impresionar grandemente en toda la Jonia y atraer al pueblo aventurero hacia el lejano Occidente. Así como recibieron a Coleo los tartesios, amablemente recibieron también a los focenses y les obsequiaron espléndidamente con plata, con la cual ellos pudieron restaurar los muros de su ciudad natal. Entonces reinaba en la ciudad de la plata el rey Argantonio. Este nombre significa «el rey de la plata», procediendo de los celtas, que habían invadido hacía poco tiempo la península, llegando a ser vecinos de los tartesios.

Argantonio invitó además a los griegos a que fundaran colonias, cosa que primeramente rehusaron, aceptando después. Establecieron en la costa meridional andaluza, entonces tartesia, algo al este de Málaga, la rival fenicia, una factoría, Ménaca, que estaba situada, como he podido comprobar hace poco, sobre el «Peñón», dominador del mar, en la orilla derecha del río Vélez, cerca de la villa Torre del Mar, a unos 30 kilómetros al este de Málaga, mientras la sucesora romana de Ménaca, Ménoba, se extendía en la llanura a orillas del río. Ménaca era la colonia griega que estaba situada más hacia Poniente.

El buen rey Argantonio vivió todavía mucho tiempo en la me-

moria de los griegos, como símbolo de la felicidad terrenal. Decía Anacreonte de él: «No deseo el cuerno de la abundancia de Amaltea, ni tampoco quisiera gobernar 150 años en Tartessos.» 120 años de edad y ochenta de gobierno asignaba a Argantonio, Herodoto (al cual debemos los mejores informes sobre todo esto), siendo la longevidad, al parecer, una feliz cualidad hereditaria de los tartesios.

Las audaces expediciones a Tartessos de los focenses fueron movidas por el afán de lucro; pero a consecuencia de ellas se enriquecieron los conocimientos geográficos griegos sobre el Occidente. Los focenses merecen elogio por haber sido los primeros que dieron a conocer el mundo del Océano, mientras que las expediciones a Tartessos de los fenicios no reportaron utilidad ninguna a la ciencia. Las expediciones a Tartessos dieron grandes resultados geográficos de distintas clases. A estas expediciones se refieren las maravillas y los horrores contados en la parte más reciente de la epopeya griega, llamada de Homero: De la expedición de Ulises al país de los Lestrigones, donde el día y la noche se daban la mano, y al país de los Cimerios, donde reinaba noche perpetua. Ambas se refieren a los países del extremo Norte, de los cuales oyeron hablar los griegos a los tartesios, que mantenían relaciones con Inglaterra y el Mar del Norte. Los Cimerios significan las noches largas del invierno, y los Lestrigones las noches cortas del verano. Y así como extendían las expediciones de Ulises hacia el Oeste, lo hacían también con las de otros héroes, resultando de esa manera los mitos griegos imagen de los conocimientos geográficos de cada tiempo. Trasladaron a Tartessos el lugar del combate entre Hércules y el gigante Geryón, que guardaba sus bueyes, identificando a Geryón con el rey tartesio Gerón, cosa que pareció todavía más digna de crédito, porque, efectivamente, en las islas cerca de Tartessos había buenas vacadas. Entonces fué cuando dieron a los dos peñones del Estrecho el nombre de las «Columnas de Hércules», porque allí el héroe abrió hueco para llegar al Océano, o los colocó allí en señal de triunfo. A la isla de Salmedina con el castillo de Gerón, batido por las olas, trasladaron el paraje de las gorgonas; pero también a otras figuras más cle-

mentales les dieron allí lugar, así al dios del mar Glauco, que les recordó como «Halios Gerón» (el anciano del mar) al rey Gerón. También atribuyeron a Tartessos el lugar de la lucha entre los gigantes y los dioses.

El poeta griego Estesícoro, que vivió hacia el año 600, ya tenía conocimientos exactos de Tartessos. Menciona en su poema «Geryoneis» al río Tartessos con su lecho argentífero (cerca de Linares), y a la isla Eritia en su desembocadura, donde estaba situada Tartessos. Pero las expediciones a Tartessos hicieron enriquecer no sólo la poesía sino también las ciencias griegas. Todo lo que cuentan los antiguos geógrafos de los países de Occidente, tiene su origen en los focenses. Véanse los vacilantes informes de Herodoto sobre las islas del estaño «Casitérides» y el río del ámbar «Eridano». Al mencionar las Casitérides no ha podido referirse sino a la Bretaña o Inglaterra, y el Eridano no puede ser más que el Rhin o el Elba, donde estaban situadas las islas del ámbar, delante de sus desembocaduras. Pero de todo lo que se ha escrito sobre las expediciones a Tartessos, lo más importante es el *Periplo massaliota*, del que yo publiqué una edición crítica. (*)

Sobre los últimos tiempos de Tartessos, bajo el largo y feliz reinado de Argantonio, brillan los últimos resplandores del sol en su ocaso. Porque poco después de la muerte del hospitalario rey, fueron vencidos los tartesios y los focenses por el común enemigo, los cartagineses. En el año 537 antes de J. C. perdieron los focenses en una batalla naval contra los aliados cartagineses y etruscos toda su escuadra, y con esto terminó su preponderancia en los mares occidentales, que desde entonces fueron cartagineses.

Los cartagineses no tardarían mucho en extender sus dominios al país de la plata y fueron peores aún que los tirios. Lo mismo que destruyeron después las ciudades griegas en Sicilia, hostilizaron por igual a los tartesios y a sus amigos los focenses. Así, después de aquella batalla, hacia 537, aparecieron sus navíos ante Ménaca y Tartessos. Ambas no eran guerreras, y se sometieron de grado o por fuerza al dominio de los extranjeros. Ello significó para los focenses el cierre del Estrecho, y por tanto de la ruta a Tartessos.

(*) Fontes Hisp. Ant. I (Barcelona, 1923)

Pero hé aquí que los jonios abren en seguida un camino terrestre a los mercados de Tartessos, que penosamente atraviesa la Sierra de Ronda. A eso los cartagineses responden con la destrucción de Ménaca. Por su situación geográfica, Ménaca sería la primera en ser destruida. Tartessos tenía que sufrir la misma suerte, porque una vez vencida la rival focense, no se contentarían los cartagineses con el monopolio del mercado de Tartessos, sino que ocuparían el país de la plata, como en su tiempo los tirios.

El final fué la destrucción de aquella antiquísima ciudad, que durante miles de años fué foco de la cultura del Occidente, y que llenó al mundo entero entre Norte y Este con la fama de sus riquezas. Sería destruida Tartessos hacia el año 500 antes de J. C. El último testigo ocular, que vió todavía los reflejos de los soberbios muros en el río argentífero, es aquel navegante massaliota que estuvo aproximadamente por el año 520 antes de J. C. en Tartessos.

La destrucción de la célebre ciudad es ya por sí un hecho muy importante, pero además tiene interés general; es un acontecimiento de importancia mundial, relacionado con otros sucesos contemporáneos.

La destrucción de Tartessos y Ménaca en Occidente corre parejas con la de las ciudades jónicas por los persas. Con la destrucción de Tartessos empezó la gigantesca lucha entre los helenos y los bárbaros (persas, cartagineses y etruscos), extendiéndose sobre todo el Mediterráneo—el mundo de entonces—, pudiendo muy bien compararse con las dos guerras mundiales posteriores, tanto por su extensión geográfica, como por otras consideraciones. Me refiero a la guerra del Peloponeso, que también conmovió el mundo de entonces, y a esta reciente guerra mundial. Esas tres guerras tienen de común el de ser el resultado de reacciones, es decir, de la oposición de los dominadores anteriores contra un poderío nuevo que se alzaba frente al suyo.

La primera guerra mundial se produjo por la reacción de los indígenas contra los helenos, que lentamente conquistaban todo el mar Mediterráneo; después la guerra del Peloponeso, la motivaron los celos que de Atenas tenían Corinto y Esparta, por su reciente poder; y la última guerra provino del celo que Inglaterra y sus

BRAC, 7 (1924) 5-28

aliados sentían de Alemania, que estaba ganando pacíficamente el mundo para su comercio. Así se nos muestra la envidia como un resorte poderoso para el hombre, siendo causa de las tres mayores guerras. Únicamente la primera de ellas terminó con la victoria del poder nuevo, los helenos; en las demás la reacción consiguió vencerle.

Después de destruida la ciudad, se apoderaron los cartagineses del extenso imperio, que comprendía toda Andalucía. La frontera del territorio tartesio, el cabo Nao, fué ahora límite del dominio cartaginés en España. Hacia el año 348, al firmar Cartago y Roma su segundo tratado comercial, se ordenó a los buques extranjeros que evitaran el paso por las aguas al sur de Mastia (Cartagena).

Con el dominio del Imperio de Tartessos ganaron los cartagineses, a la vez, el del estrecho de Gibraltar, y con ello la hegemonía sobre el Océano, que había sido hasta entonces zona comercial de Tartessos. Poco después de la destrucción de Tartessos, enviaron los cartagineses a dos de sus mejores almirantes para explorar los mares recién conquistados. El almirante Hannón fué a la costa occidental de Africa, y el almirante Himilcón al Norte, en busca del camino para encontrar el estaño y el ámbar. Los dos informaron sobre sus viajes. El informe de Hannón se conserva en una traducción griega; en cambio del de Himilcón, que nos hubiera dado luz sobre el estado de los mares del extremo Norte en aquellos tiempos, sólo existen pequeños fragmentos.

Desde este momento quedó cerrado el Estrecho para las naves extranjeras, particularmente para las griegas, y las columnas de Hércules, que antes fueron símbolo soberbio de la conquista del Océano, significaban ahora el «non plus ultra» de la navegación griega. Así las designa primeramente Píndaro (hacia 480), que las menciona nada menos que cuatro veces en tal sentido. Para ahuyentar a los navegantes extraños, los cartagineses divulgaban relatos exagerados de los peligros del Océano, de bajos en sus costas (entonces se navegaba a lo largo de ellas); de neblinas y calmas, del mar de Sargazo (que impresionó muchos siglos después a Colón); de monstruos marinos, las ballenas. Cuando esto no bastaba, recurrían los nuevos amos del Océano al empleo de la fuerza, echan-

do a pique las naves extranjeras que se atrevían a navegar con rumbo a las columnas. Todavía, hasta el 220 antes de J. C., después de la primera guerra púnica, que acabó con el dominio de los cartagineses en el Mediterráneo y puso a España en poder de Roma, no concluyó la dominación cartaginesa. Aún entonces supieron los astutos semitas guardar secreto el camino hacia el estaño; y hasta la conquista de la Bretaña no quedó abierto el mar del Norte al comercio de Roma.

Se comprende que por el cierre del Estrecho quedaran anuladas todas las demás exploraciones por los países del Occidente, y que a medida que pasaba más tiempo fuese convirtiéndose en leyenda lo que antes era conocimiento verdadero. Así la fantasía griega pintó al desaparecido país maravilloso con más vivos colores, a medida que menos de él se sabía.

Si los indicios no engañan, *el bello poema de Platón, «Atlántida», se refiere a Tartessos.*

Es extraño que se haya buscado la Atlántida por todas partes, hasta en América y en Spitzberg, y no se ocurriera pensar en Tartessos, hecho que se puede explicar solamente por el completo olvido en que cayó Tartessos. La concordancia entre Tartessos y Atlántida resulta efectivamente tan grande, que no puede hablarse de una casualidad. Está Atlántida situada, así como Tartessos, en una isla cerca de Gades; es rica ante todo en metales, circunstancia sorprendente, que no concurre en ningún otro país más que en Tartessos; y entre los metales se nombran el estaño, que importaron los tartesios, y el bronce, que ellos labraban tan perfectamente. Convirtiósese, pues, en una fábula lo que 150 años antes de Platón era una realidad, y por lo tanto no es extraño que no se supiera nada cierto sobre su situación y se confundiera de ordinario con Gades. Esta equivocación es general en los tiempos de los Romanos; también a Carteia (cerca de Gibraltar) la tomaron por Tartessos. Cicerón llama tartesio al gaditano Balbo, y otro autor llama gaditano al Argantonio. Los intérpretes del Antiguo Testamento sufrieron confusiones aun mayores, pues no entendían en absoluto el nombre de Tarschisch. Los Setenta lo traducen por «mar» o por «Cartago»; Josefo creía que Tartessos era Tarsos en Cilicia; otros

BRAC, 7 (1924) 5-28

pensaron en Rodas y en Chipre, etc. En la Vulgata aparece «mare», el mar, en lugar del nombre perdido. Así se explica que también Lutero tradujese Tartessos por «mar» y «anyoth tarschisch» por «buques de mar», tanto más cuanto que quiso hacer una traducción popular, pareciéndole mejor cambiar la expresión incomprensible por una corriente y usual. Pero no se puede perdonar a Movers, el sabio historiador de los fenicios, que emplease todo el caudal de sus conocimientos intentando demostrar que Tartessos sólo fué fruto de un concepto nebuloso de España y nunca una ciudad, sin consideración a que los autores antiguos hablan de la *ciudad* de Tartessos, como el Periplo y Herodoto. Como la sabiduría grande de Movers infundía respeto, hasta el punto de parecer innecesario hacer nuevas investigaciones, adquirió su opinión categoría de canónica, y Tartessos fué desapareciendo en la obscuridad y en el olvido. Hasta en los buenos historiadores encontramos la confusión con Gades, o la opinión de que Tartessos fuese una colonia de los fenicios, llegando algunos hasta a decir que pertenece al reino de la fábula.

Respecto a su situación se encuentran aún mayores errores. Llegaron a tomar a Tortosa sobre el Ebro por Tartessos, y hace poco otro investigador creyó descubrir Tartessos en el golfo Pérsico! De tal modo siguió a la destrucción material por los cartagineses, la espiritual, hasta quedar olvidada por completo la ciudad famosa.

La misma suerte corrió Ménaca, confundiéndola con Málaga, o buscándola por todas partes, menos allí donde yo la he encontrado, a base de fuentes antiguas.

Ahora bien: yo espero que mi libro variará la opinión sobre Tartessos, librándola del olvido y de las confusiones de que fué víctima durante más de 2.000 años. Este descubrimiento espiritual es el primer paso hacia la obra de encontrar los restos de esta antigua ciudad. Las posibilidades para ello serán tratadas en el capítulo 3.^o

II

SU CULTURA

El origen y los primeros tiempos de Tartessos yacen todavía en la obscuridad más absoluta. ¿Fué una fundación de los iberos, con los que se quiso identificar posteriormente a los tartesios, o fué una colonia de navegantes orientales, como parece desprenderse de otros indicios? Ante todo no cabe dudar de la antigüedad grande de Tartessos, que debió florecer ya por los años 1500 antes de J. C.—Estaba situada, según se desprende de la descripción del Periplo, en la desembocadura del brazo principal del río Guadalquivir, existente todavía, y no en el otro brazo más al Norte, cegado desde tiempos remotos por las arenas de la corriente de la costa, pero que aún se reconoce por una serie de lagunas. A causa de las altas mareas la ciudad no estaría sobre la misma costa, sino algo retirada de la desembocadura. Ahora bien; como los informes antiguos dicen que la ciudad estaba situada sobre la isla que forman los dos brazos del río, resulta que se la debe buscar en la orilla derecha del brazo hoy existente.

Por su situación sobre el Océano y a la vez en la desembocadura del ancho río, dominador y nervio vital del país, fué el emporio y la capital de toda esta región, pudiendo compararse en su situación con Sevilla, la capital de Andalucía. Teniendo en cuenta esta situación, con sus inmejorables condiciones para el comercio de entrada y salida, seguramente serían navegantes sus fundadores. La opinión de que Tartessos fuese de origen ibero, se contradice con este hecho, porque no podemos imaginarnos que los iberos de 2000 años antes fueran más cultos que 2000 años después. De manera que hay que suponer que Tartessos debió ser una colonia de mercaderes orientales, gente de clara vista para la fundación de ciudades, lo que explica su excelente situación; además tendrían noticias de la riqueza en metales de la Sierra Morena, porque esos metales, ya como primeras materias, ya elaborados, eran el artículo principal del comercio de exportación de Tartessos. Tampoco encaja esto último con la condición bárbara de los iberos de la época,

sino más bien con los mercaderes de Oriente, tan codiciosos de buenos metales.

El metal principal de Tartessos lo constituía la plata, que dió nombre a Argantonio: «rey de la plata». Tartessos fué el país de la plata del mundo antiguo. De esta riqueza en plata de los tartesios existen relatos que parecen fabulosos, pero son verdaderos. La importación de la plata de Tartessos hizo en tiempo del rey Salomón bajar tanto el precio de este metal, que casi llegó a carecer de valor; los fenicios recambiaron sus anclas de plomo por otras de plata, para aumentar la cuantía del metal que pudieran cargar; Coleo, en su expedición, se trajo treinta quintales métricos, y todavía, por el año 200 antes de J. C., en la Turdetania se encontraban pesebres y ollas de plata. En segundo lugar figuraba el cobre, en cantidades enormes, como base de la industria del bronce de Tartessos. En las casas para tesoro, de Olympia, se veían bronce de Tartessos. Ambos metales eran ya fundidos y trabajados por el año 2500 antes de J. C. en Andalucía, de modo que es posible la existencia de Tartessos ya en aquella época, bien como primitiva ciudad minera o como factoría extranjera. El tercer metal que daba fama y universal renombre a Tartessos era el estaño. Ya en aquellos tiempos pre-tartésicos se conocía el arte de endurecer el cobre añadiéndole estaño. Este no se obtenía en el país, sino que lo traían de fuera, de la Bretaña y de Inglaterra, que ellos ya conocían en aquellos tiempos.

Estos informes tan importantes los debemos al Periplo, que nos dice que los tartesios navegaban hasta la Estrimnida (la Bretaña) para buscar el estaño, que se encontraba en las islas próximas a la costa bretona y en Irlanda. Además del estaño traían ámbar, que los estrimnios compraban en la costa del mar del Norte. Más importante sería el comercio con Oriente. Hemos visto que es muy probable que los cretenses, y seguro que los fenicios y posteriormente los griegos, mantenían relaciones comerciales con Tartessos. La misma importancia tendría la importación que la exportación. A Oriente llevaban metales y productos metalúrgicos para cambiarlos por géneros industriales y quizás también por aceite y vino, y al Norte productos metalúrgicos, por estaño y ámbar. Es indu-

dable que comerciaban además con el Africa vecina y muy probable que por este lado se extendieran muy al Sur. Estos mercados africanos eran los que en sus tiempos quiso descubrir la expedición de Hannón, así como la de Hímilcón fué en busca de las riquezas del Norte. Así resulta Tartessos a la vez ciudad comercial e industrial, la mayor que tuvo el mundo antiguo en la Europa occidental, y un mercado mundial donde aflúan los productos del Norte, Sur y Este. Además de la industria y del comercio, florecía la agricultura, para la cual reunía las mejores condiciones el fértil valle del río. A un rey de Tartessos se atribuye la invención de la agricultura, a otro de la producción de la miel. Las bien nutridas vacadas del rey Gerión atrajeron a Hércules a Tartessos, y la lana rojiza de las ovejas tartesias tenía gran fama. También debe ser muy antiguo el cultivo del olivo, un obsequio de los navegantes orientales.

Por su comercio, su industria y agricultura fué Tartessos una de las más ricas ciudades del mundo de entonces. Hay que pensar que la capital fuera grande y hermosa, sus almacenes estarían llenos de productos propios de la tierra y de la industria y de mercaderías de las tierras más lejanas. Por sus relaciones con el Oriente, Tartessos debe haber conocido los progresos de la arquitectura y de la técnica del Oriente; y en lo exterior tendría el aspecto de una ciudad oriental. En la orilla del río que serviría de puerto se encontrarían, fondeadas al lado de las embarcaciones para el Norte, las que iban a Oriente, y no faltarían astilleros y tinglados grandes, como los describe Platón en la «Atlantis», que aun siendo sus fantasías poéticas, podría acertar con la verdad.

Pero lo principal, aparte del florecimiento del comercio, es que en Tartessos habría una elevada cultura espiritual. Tenía Tartessos crónicas y epopeyas muy antiguas, leyes en forma métrica, y todo ello ya anotado desde hacía siglos en textos con escrituras propias. En particular por esta literatura se separa Tartessos de la barbarie de los iberos, que nunca llegaron a tenerla. Esa cultura espiritual, en época tan remota, sólo puede explicarse, o siendo la ciudad una colonia de orientales, o que tuviera ya muy antiguas relaciones con ellos.

Así, ante todo, se comprende que tuviera una escritura desde hacía mucho tiempo, y no es fácil imaginarse que ésta fuese autóctona; más bien pudiera haber sido una derivación de la escritura cretense. ¡Ojalá pudiéramos encontrar restos de inscripciones tartesias!

Nada sabemos del arte de Tartessos; pero podemos suponer que le diesen impulso sus antiguas relaciones con el Oriente y que los tartesios poseyeran, unos 1000 años antes de J. C., un arte propio, mientras los iberos no lo tuvieron hasta la quinta centuria, por influencia de los griegos. Puede que sus obras duerman bajo la tierra para resucitar súbita y sorprendentemente cuando Tartessos encuentre a su Schliemann, como sucedió con Knossos y Phaistos.

El estado estaba también muy bien organizado. Desde los tiempos pre-históricos los tartesios eran gobernados por reyes, de los cuales conocemos algunos, en particular aquel antiguo rey Gerón que los griegos denominaban Geryón, y Argantonio, el amigo de los focenses. Al lado de los reyes parece haber existido una aristocracia, tal vez los grandes mercaderes y terratenientes, mientras que los labriegos, marineros y artesanos constituirían el pueblo bajo.

La ciudad dominaba sobre un vasto imperio, único sistema político grande que hay en Iberia—otro elemento extraño al carácter ibero. El territorio de Tartessos comprendía toda la Andalucía entre sus fronteras naturales, el mar por un lado y la Sierra Morena por otro. Hay que suponer que este dominio se extendiese desde la misma ciudad por ley de conquistas, y que los tartesios, tan anti-guerreros más tarde, fueran antes muy aptos para la guerra. Pero la prematura riqueza los enervaría como a los lidios y persas. En tiempos históricos los turdetanos, nietos de los tartesios, necesitaban para defenderse contra los romanos de soldados mercenarios extranjeros, y los tartesios fueron dominados por los tirios, como posteriormente por cartagineses y romanos.

De la religión de los tartesios, sabemos que veneraban a la Luna, siéndole consagrada una isla frente a Ménaca. El culto al planeta Venus lo demuestra el santuario de la «Luz divina» en

Sanlucar, enfrente de Tartessos. El tercer astro sería el Sol, porque Sol, Luna y Venus forman generalmente una trinidad para el culto. Esto también parece de origen oriental: es la religión de los antiguos babilonios. Así seguramente no faltarían en Tartessos los templos como los que Platón atribuye a la Atlántida. El templo que el Periplo señala en la parte del norte de la bahía del Guadalquivir, sería como aquel santuario de Sanlucar dedicado al planeta Venus. También los reyes gozaban honores divinos, puesto que los creían descendientes de los dioses.

Tratemos de formarnos una idea de las cualidades y del carácter de los tartesios. Vemos por sus expediciones a la Bretaña, que serían navegantes audaces y mercaderes emprendedores. La gran actividad de su industria demuestra que tratábase de un pueblo mercantil por excelencia, ávido de ganancias, a la manera de los cartagineses, y bien distintos de los iberos, cuyo principal defecto era una indolencia sin límites. Si Tartessos acogía hospitalariamente a tirios y griegos, no lo hacía con la ingenua bondad de los salvajes, que no saben utilizar y emplear sus riquezas, sino con la liberalidad previsora del mercader, que siembra para recoger, ya que las transacciones con los extranjeros y sus colonias proporcionaban ganancias. Más tarde se dedicaron solamente a las artes de la paz y su poderío militar se deshizo por completo.

Todo esto nos da la imagen de un pueblo de civilización muy antigua, donde florecían la industria, el comercio y la agricultura, y que había sabido unir a todas las tribus andaluzas en un solo gran imperio, que obedecía a un rey y que respetaba las leyes, que poseía una literatura antigua, que daba hospitalidad a los extranjeros, pero que era incapaz de defenderse contra extraños conquistadores. Todos esos rasgos, uno por uno, están en absoluta contradicción con el modo de ser de los iberos. En éstos, en lugar de grandes ciudades, nos encontramos una división en infinitas tribus y poblados; en vez de un gobierno monárquico, una libertad anárquica y un desdén absoluto por el comercio, la industria, la literatura y las artes; en vez de un afable acogimiento de los extranjeros, una agresividad de guerreros incultos, con carácter semi-bestial en las tribus que poblaban las montañas. Por consi-

guiente, de haber sido iberos los tartesios, sólo tendrían de ellos el nombre. Ni aun identificándolos con los ligures podremos explicarnos su antigua cultura, porque los ligures eran no menos bárbaros que los iberos. Y si quisiéramos explicarnos esta cultura antigua y elevada de Tartessos como traida por los navegantes orientales, tendríamos que admitir que esa influencia se ejerció desde muy temprano, y que era tan honda que fué capaz de transformar a unos bárbaros en un pueblo culto, lo cual es inverosímil. No; tenemos que volver a la hipótesis de *que Tartessos no fué una ciudad indígena, sino de origen extranjero, una colonia antigua de navegantes orientales*, precursores de los tirios. Como tales hay que considerar, en primer lugar a los cretenses, porque la existencia de Tartessos hacia 1500 años antes de J. C. coincide precisamente con la época del florecimiento de la cultura y del poder marítimo de Creta. Todo encaja, pues, en Tartessos con las características de colonia oriental, mientras que nada concuerda con los iberos. La industria, el comercio y la navegación eran los elementos vitales también de los cretenses. Como Tartessos era una ciudad grande, una ciudad-estado, un reino, así lo era Creta en tiempos de Minos; también Creta poseía rasgos aristocráticos en su vivir, y por último la antigua escritura de los tartesios conduce también hacia Creta, pues ésta tenía ya 2000 años antes de J. C. una escritura.

Si la escritura tartesia no era autóctona—y todos los indicios son de que no lo fuera—no podría tener otro origen que el cretense, porque entonces no existía otro pueblo culto que atravesara los mares. También nos recuerda a Creta el culto al toro y a los astros.

Siendo, pues, Tartessos una colonia de navegantes orientales, se puede suponer que la gobernaba una minoría—como hoy Inglaterra en la India—y el resto de los habitantes seguía siendo lo que eran: iberos. Porque un pequeño número de colonizadores, suponemos que algunos millares, no habrán podido convertir en tartesios a los indígenas, como más tarde los tirios no lograron hacerlos fenicios. Sin embargo, la influencia cultural sería grande, y únicamente así puede explicarse la cultura tan elevada existente en la Turdetania posterior comparada con la de los otros iberos.

Así se nos presenta Tartessos como un gran problema, muy importante para España y también para el Oriente y sus antiquísimas relaciones con el Occidente. La explicación de tantas dudas como todavía existen y el acrecentar nuestros conocimientos, en la actualidad bien pequeños, de la antigua ciudad, sólo cabe esperararlo de felices descubrimientos en el Oeste o en el Este, en particular por el descubrimiento de la ciudad misma. Por tanto, hay que hacer todo lo posible para encontrar a Tartessos, y esa posibilidad la estudiaremos ahora como final.

III

¿DONDE SE ENCONTRABA TARTESSOS?

Como decimos antes, Tartessos estaba situada en la orilla derecha del Guadalquivir, algo más arriba de la desembocadura. Como en el transcurso de 2000 años el río tiene que haber variado, es menester reconstruir idealmente el aspecto de la desembocadura de entonces. Este trabajo ha sido hecho por el geólogo Dr. Jessen, de Tubinga, bien documentado para semejante estudio por trabajos análogos en la costa aluvial del mar del Norte. Primeramente pudo comprobarse que el temor de que Tartessos hubiese sido engullida por el mar, era infundado, puesto que en la desembocadura la tierra no ha disminuido sino que al contrario ha aumentado. Además se comprobó que la desembocadura era entonces nueve kilómetros más ancha, llegando por el Norte hasta la torre de Salabar. La corriente de la costa, proveniente del Norte, ha añadido por aluvión un banco a la antigua meseta diluvial, que limitó al delta en la parte Norte y que llegó hasta la desembocadura del brazo occidental, teniendo unos 15 kilómetros de largo por 3 a 4 de ancho. Tiene el banco aluvial un espesor de 1 a 2 metros hasta las aguas subterráneas, pero está en su mayor parte cubierto por arenas más recientes. Este banco se colocó en forma de lengüeta delante del delta, estrechando la desembocadura del río. A este antiguo aluvión, la corriente fué añadiendo un banco nuevo, estrechando todavía más la desembocadura hasta dejarla en la anchura de hoy. El antiguo aluvión se diferencia del nuevo por su color más obs-

curo, debido a su mayor antigüedad. El nuevo aluvión lo constituyen arenas sueltas y blancas. Lo mismo puede observarse cerca de Huelva, donde el Odiel, por uno de esos bancos, fué desviado hacia el Sur. Va aquel banco aluvial de Norte al Sur, desde la desembocadura occidental hasta el Cerro del Trigo, donde una duna con dirección de Este a Oeste indica la orilla antigua de la desembocadura.

Ahora bién, la cuestión es saber si ya existía esa orilla en tiempos de Tartessos, y si entonces Tartessos estaba entre Salabar y Cerro del Trigo, o bien si se encontraba en otra orilla intermedia, más hacia el Norte. Tal hipótesis debe ser excluida y admitirse en cambio que la orilla Salabar-Trigo fuera la de Tartessos, *porque allí se encuentran restos de una antigua población*, de mayor tamaño (lo que por su parte también señala la línea de la antigua orilla, porque todas las ciudades en esta región están situadas en las orillas del río). Una pequeña excavación que hice demostró su origen romano, de manera que este banco aluvial ya existía en tiempos romanos. Esta edad nos la confirma Estrabón, quién, por fuentes más antiguas, indica la cifra de 100 estadios para la distancia entre las dos desembocaduras, lo que representa 18 kilómetros, y que coincide muy bién con la distancia entre Salabar y la antigua desembocadura occidental en Matalascañas. Pero esta orilla romana parece haber existido ya desde mucho tiempo antes, en tiempos de la fundación de Tartessos, hacía 2000 años antes de J. C., porque más al norte no se puede distinguir otra orilla más antigua. También se corresponde esta forma de la desembocadura con la descrita por el Periplo, el cual es del 500 antes de J. C. aproximadamente y la llama un ancho golfo (*sinus tartessius*).

Como precisamente junto al Cerro del Trigo, es decir en la orilla antigua, encontramos aquella población antigua, se nos permitirá relacionarla con Tartessos. Ciertamente la pequeña excavación no ha dado más que hallazgos romanos, pero eso habrá sido casual. Tal vez se encuentren en las proximidades cosas más antiguas tartesias. Se puede suponer que los romanos han empleado para sus construcciones los restos de la ciudad antigua como material de contrucción.

Habrá que buscar las ruinas de Tartessos en el terreno entre el Pico del Caño, en donde el río daba una vuelta hacia el Suroeste, y Salabar, sobre una extensión de varios kilómetros, no pudiendo encontrarse más al oeste ni más al este, porque en el oeste está el mar, al que huirían por causa de las altas mareas, y al este del Pico del Caño está la marisma, la cual al ser inundada no resulta terreno apropiado para la fundación de ciudades. Así puede muy bien esperarse que se encuentren restos de Tartessos al excavar por completo aquella población romana.

Supuesto que Tartessos estuviera en el sitio de la población romana, es probable que se encuentren cimientos y cerámica tartesia; y si estuvo sólo en las inmediaciones y fueron empleados aquellos para la edificación, habrán de encontrarse fragmentos de arquitectura tartesia, inscripciones, etc.

Lo que no cabe es pensar que Tartessos desapareciera totalmente, sin dejar rastro, ni que se llevarían todos sus restos para otra construcción. Repito que una ciudad tan grande no puede desaparecer por completo; y con sólo poder afirmar su verdadero emplazamiento, la ciencia ganaría ya mucho.

S U P L E M E N T O

(Véase el mapa)

Me parece oportuno añadir a lo dicho antes y en el folleto publicado en 1922, los resultados de las excavaciones realizadas por mí durante el verano de 1923, en unión del general Dr. Lammerer, que levantó un plano detallado del coto de Doña Ana, y del señor Bonsor, el benemérito explorador de Carmona y de las sepulturas de cúpula en el valle del Betis. Nuestros trabajos de excavación se deben al interés que el Excmo. señor Duque de Tarifa, dueño del Coto, ha puesto en el descubrimiento de Tartessos.

Ha sido comprobada la posición que el geólogo Dr. Jessen daba al brazo este del río Guadalquivir, pues dice que la ribera norte de este brazo corresponde a la orilla del aluvión antiguo, entrando el río en el mar cerca de Torre de Salabar. Que es así, está corroborado por el hecho de que los cien estadios —18 kilómetros— que

según Estrabón: hubo entre las dos embocaduras del río, convienen con la distancia entre el brazo oeste (descubierto por Bonsor) y Torre de Salabar.

Habiendo yo demostrado en mi libro «Tartessos» (Hamburgo, 1922), que dicha ciudad estuvo emplazada en la ribera norte del brazo este, resulta que a Tartessos se la debe buscar entre Torre de Salabar y Pico del Caño, y con más probabilidades de éxito entre Cerro del Trigo y Torre de Salabar, porque allí estaba más al abrigo de los temporales y de los piratas. Resulta que Tartessos debe estar cerca de las ruinas del poblado romano descubierto junto Cerro del Trigo. Pero la relación entre este poblado romano y Tartessos es aún más estrecha. *Parece seguro que dicho poblado fué construido con materiales procedentes de Tartessos*; porque habiendo sido acarreadas las piedras desde muy lejos—según los estudios del geólogo Jessen, de Sierra Morena y de la costa de Cádiz—¿puede admitirse que unos pobres pescadores—(tales debían ser los del poblado romano)—iban a traer el material para sus casas de lugares tan distantes para establecerse en aquel desierto?—¡No!—Que ellos se asentaran allí y no en la ribera opuesta de Bonanza y Sanlúcar de Barrameda, donde tenían piedras de sobra, sólo se explica suponiendo que tuviesen próxima una cantera cómoda, es decir, las ruinas de Tartessos. Por el contrario, se comprende que los tartesios trajesen las piedras de lejos, porque tenían muchos barcos para transportarlas; y se debieron establecer allí mismo, para dominar al propio tiempo el río y el Océano y porque la isla entre los dos brazos les defendía mejor que ningún otro punto.

De lo expuesto se desprende, que excavando el poblado romano se pueden encontrar vestigios de Tartessos, como fragmentos arquitectónicos, inscripciones, etc. Por este motivo, el poblado, que por si mismo no ofrece mucho interés, se debe explorar hasta la última piedra. De él ya han salido restos de construcciones antiguas, como cornisas de marmol, etc., que pueden ser romanas, pero también pudieran ser tartesias.

El poblado se presenta como si hubiese sido habitado por pescadores—(se han encontrado cuatro piletas para salazones)—y bas-

tante pobre de edificación, con muros de mampostería sin cal; y los restos son también pobres: poco de metal, unas setenta monedas de cobre, etc. Las monedas, por datar de los años 200 al 400 después de J. C., demuestran que el poblado fué construido en el tercer siglo y estuvo habitado hasta el quinto. Su extensión es de unos 500 metros de Norte a Sur y de 200 de Este a Oeste. Extraña que el poblado esté distante de la ribera antigua unos 500 metros; pero esto se comprende por las riadas o crecidas del río, y en efecto el poblado está unos cuatro metros más alto que la ribera, es decir, fuera de todo peligro de inundación.

Que este poblado debe ser puesto al descubierto con el más grande cuidado, lo evidencia el hallazgo que resultó en el último día de las excavaciones. Es un anillo pequeño de cobre—(18 milímetros de diámetro, 56'6 de circunferencia y 5 de ancho)—, en el cual, por fuera y por dentro está grabada una *inscripción en letras desconocidas* (*). La inscripción no es ni ibérica, ni fenicia, ni griega y tampoco corresponde a otro alguno de los alfabetos conocidos. De las 13 letras diferentes, 6 se parecen a las griegas, pero las demás no lo son. Algunas se asemejan a las de la escritura, también desconocida, de las monedas de nueve ciudades de la provincia de Cádiz, extremo sur de la Turdetania (Baelo, Lascuta, Asido, etc.) estudiadas por Zobel de Zangroniz y Delgado. Con su escritura desconocida el anillo es un enigma. ¿Corresponderán sus letras a aquella escritura tartesia, de la cual habla Estrabón diciendo que era diferente de la de los iberos? A juzgar por la inscripción interior, que repite tres veces la misma palabra, el anillo parece haber servido como amuleto.

Y termino con el deseo de que el anillo también a su nuevo dueño, el señor Duque de Tarifa, le traiga suerte y le brinde la resurrección de Tartessos.

ADOLFO SCHULTEN.

(*)—Publicada en la *Revista de Occidente*—Octubre de 1923, y con más exactitud en *Archaeol. Anzeiger* (Berlin) 1924.